

renta y de la subsistencia de todos los ciudadanos.»

De manera que nada de impuestos que no pesen exclusivamente sobre la renta del suelo, es decir, sobre el precio de arrendamiento pagado por los arrendatarios, sobre las porciones de rentas pagadas por los aparceros ó colonos, ó sobre lo que le queda al propietario que cultiva por sí mismo, después de haber puesto aparte todos sus gastos. Los arrendatarios, aparceros ó colonos ya no pagarán los impuestos; los pagará sólo el propietario de fincas rústicas (1). Las casas no serán gravadas porque se gastan y no se reproducen como los frutos de la tierra. Tampoco se pagarán impuestos indirectos, porque éstos pesan sobre los artesanos y los comerciantes, cuyas ganancias son simplemente «salarios» y cuyo trabajo no deja excedente, «sobrante», como la producción agrícola (2). Estos impuestos, por otra parte, son tan improductivos como vejatorios y se destruyen á sí mismos por lo excesivo de los gastos de percepción; por esta causa sólo la gabela pierde el 50 por 100. La sencillez del impuesto directo y único disminuirá la clase de los asentistas y de los agentes fiscales, y no podrán formarse ya las fortunas financieras, tan perniciosas á la sociedad.

Quesnay reclama el mejoramiento de la suerte de los agricultores pobres que son de mucho los más numerosos y establece una distinción entre el *pequeño cultivo* y el *gran cultivo*: el pequeño, practicado especialmente en el Oeste y en el centro por labriegos que, en pequeñas fincas, y no pudiendo comprar caballos, labran con bueyes, carecen de ganado y de los aperos agrícolas necesarios, renuncian por fuerza á toda mejora de su explotación y á roturar tierras incultas y dejan todos los años nuevas tierras sin cultivo; y el grande, que se hace particularmente en los países del Norte, en donde hay vastas granjas, los caballos reemplazan á los bueyes, se abonan abundantemente los campos, se acumula un capital considerable en ganado, en instrumentos y en edificios, se mejora, se rotura y se pagan á los propietarios cuantiosos cánones de arriendo. Sería preciso que el *pequeño cultivo* desapareciese, porque, dice el artículo sobre los *Granos*, «el cultivador que no puede hacer los dispendios necesarios sucumbe, al paso que en las grandes alquerías explotadas por labradores ricos, hay menos gasto para el sostenimiento y la reparación de los edificios, y, en proporción, muchos menos gastos y mucho más producto líquido en las grandes empresas que en las pequeñas.»

(1) Calculando que la producción agrícola se eleva en Francia anualmente á cinco mil millones, Quesnay admite que la *clase productiva* conserve dos mil millones para su sostenimiento y el del ganado, para las simientes, los abonos, etc., y que compre á la industria productos por valor de mil millones. Quedan dos mil millones, que, como producto líquido, ingresarán en la clase propietaria y soberana; á esta clase el Estado le reclamará un impuesto calculado sobre la base de un tercio del producto líquido ó de un dozavo del producto bruto total, ó sea algo más de seiscientos millones.

(2) La afirmación de Quesnay procede de que, en su tiempo, se veía á toda una categoría de hombres, la nobleza y el clero, vivir de los arriendos ó *producto líquido* de las tierras, y no se veía aún, como en nuestros días, una clase de accionistas que viviese de las rentas producidas por la industria. Sólo el trabajo agrícola parecía dejar todos los años, además de sus «reintegros», un excedente; de aquí la opinión de que las gentes empleadas en la industria no «producen», sino que «ganan.» *Clase estéril*, dice Quesnay; *estipendiarios*, dirá Turgot.

Allí donde no se formasen extensas granjas, los pequeños propietarios se agruparían á fin de disminuir los gastos generales de explotación.

Hoy en día nadie cree que el trabajo agrícola sea el único productivo; pero es cierto que, ocupando los productos agrícolas el primer lugar en el consumo y variando sus precios según su abundancia ó su escasez, la compra de los productos industriales está determinada por el estado de la agricultura. Los grandes errores de Quesnay consistieron en creer que, por ser opuesto el interés particular de los comerciantes y el interés de la nación, era peligroso desarrollar el comercio y que sólo los propietarios de la tierra debían sobrellevar la carga del impuesto.

Las doctrinas de Quesnay, ese «hombre salido del arado», como dice Turgot, tuvieron muchos partidarios, el más célebre y ruidoso de los cuales fué el marqués de Mirabeau (3), padre del gran orador de la Revolución, y fogoso polemista. En una obra de 1756, *L'ami des hommes ou Traité sur la population* (*El amigo de los hombres ó Tratado sobre la población*), llena de diatribas contra el lujo, había hecho la apología de la agricultura, pero afirmando que los progresos de la misma se habían visto paralizados por las heredades demasiado vastas: «Los grandes lucros despueblan los ríos; los grandes propietarios ahogan á los pequeños.» Pero los artículos publicados por Quesnay en la Enciclopedia le convirtieron en partidario del gran cultivo, que encomió, en 1763, en su *Philosophie rurale* (*Filosofía rural*), libro que, por estar escrito en tono casi religioso, fué denominado por Grimm «el Pentateuco» de la «secta» económica.

En sus *Lettres sur les corvées* (*Cartas sobre las prestaciones personales*), de 1760, se nos presenta como el precursor de Turgot; y en su *Théorie de l'impôt* (*Teoría del impuesto*), del mismo año, ataca á los hombres y las cosas con inaudito atrevimiento. El impuesto, dice, ha de ser un tributo «consentido» al soberano, no un «despojo» arrancado á los súbditos; el impuesto más justo y más ventajoso para el Estado pesará sobre el producto líquido del suelo; la talla y la recaudación de los impuestos habrán de ser confiadas á asambleas de Estados; finalmente, haciéndose inútiles los impuestos indirectos, será preciso suprimir los arriendos generales. En concepto de Mirabeau, la regeneración de Francia ha de empezar precisamente por la destrucción de los arriendos:

«Cuando el Estado, degradado y abatido—dice—se somete á las condiciones que sus asentistas le imponen, el agotamiento llega á su colmo, los edictos no son sino pretextos de exacción y el pueblo ya no puede dar nada real. Las arcas del príncipe, agujereadas por todas partes, ni siquiera pueden servir de depósitos momentáneos; la ciencia de los recursos ha ocupado el lugar de la ciencia económica; se agotan los empréstitos y los expedientes; se vomitan creaciones de cargos, y, en una palabra, se empeñan el Estado, los súbditos, el príncipe, la fe, la ley, las costumbres, el honor... El ejemplo de todas las edades y de todos los imperios es prueba de ello; en todas partes los asentistas públicos han comprado al príncipe la nación y han acabado por destruir la nación y al príncipe y por destruirse á sí mismos.»

(3) El marqués de Mirabeau nació en 1715 y murió en 1789.

Los asentistas solicitaron una orden de prisión contra Mirabeau, que estuvo encarcelado algunos días en Vincennes y fué más tarde desterrado á sus tierras de Bignon.

Los discípulos más célebres de Quesnay, después de Mirabeau, fueron Dupont de Nemours y Le Mercier de la Riviere. Dupont (1) no tenía más que veintitrés

*Agricultura*, por demasiado liberal, propagó las ideas de sus antiguos adversarios en las *Nouvelles Ephémérides économiques ou Bibliothèque raisonnée de l'histoire, de la morale et de la politique* (*Nuevas efemérides económicas ó Biblioteca razonada de la historia, de la moral y de la política*).

Le Mercier de la Riviere (2) tuvo su hora de celebri-



Francisco Quesnay. Copia del grabado en cobre hecho por François en el año 1767, sobre el cuadro original de Fredon

años cuando en 1763 dejó la literatura por la economía política; pero ya en aquella edad demostraba tales talentos que Quesnay dijo de él: «Hay que cuidar á ese muchacho, porque hablará cuando nosotros habremos muerto.» Dupont fué más adelante amigo de Turgot, colaborador de Vergennes y de Calonne y una de las inteligencias más perspicaces de la Asamblea Constituyente. En 1765 comenzó á redactar el *Journal de l'Agriculture, du Commerce et des Finances* (*Diario de la Agricultura, del Comercio y de la Hacienda*) y sostuvo una viva polémica con el abate Baudeau, quien, en las *Ephémérides du citoyen ou Chronique de l'esprit national* (*Efemérides del ciudadano ó Crónica del espíritu nacional*), combatía entonces á los Economistas. Baudeau se dejó convencer por Dupont, y cuando éste, en 1772, fué despedido por los propietarios del *Diario de la*

edad en 1767, cuando publicó el *Ordre naturel et essentiel des sociétés politiques* (*Orden natural y esencial de las sociedades políticas*); sus amigos entonces elevaronle de golpe á la altura de Montesquieu. Ex consejero del Parlamento de París, ex intendente de la Martinica, administrador y legista distinguido, fué de todos los Fisiócratas el que presentó bajo la forma más rigurosa las consecuencias del sistema de Quesnay, y quiso demostrar que el soberano era copropietario de la tierra con los particulares y que, en virtud de su derecho, compartía con ellos el producto líquido, representando el impuesto la parte á él correspondiente.

Los Economistas, sobre todo los Fisiócratas, fueron objeto de ataques y burlas por parte, no sólo de los partidarios del régimen protector, como Forbonnais, que

(1) Dupont de Nemours nació en 1739 y murió en 1817.

(2) Le Mercier de la Riviere nació en 1720 y murió en 1794.



lo trataba de metafísicos, sino también de los mismos Filósofos.

Grimm les echa en cara su orgullo, la obscuridad de su lenguaje, el tedio que producían sus escritos: «Secta en un principio tan humilde como el polvo» de donde han salido, han adoptado—dice—un tono «imperioso» y «arrogante;» han difundido por el reino «un tinte tan sombrío» que si el «cielo nos hubiese privado del Paracletto de Ferney,» es decir, de Voltaire, habríamos infaliblemente «caído en el esplín, en la ictericia, en la conunción; en una palabra, en un estado peor que la muerte.» Y Grimm hace constar que cuanto más se muestran los economistas «inteligencias comunes y vulgares,» más aumenta el número de sus partidarios.

Hubo antagonismo entre J. J. Rousseau, el historiador Mably y los Fisiócratas. Rousseau multiplicaba las diatribas contra los ricos, y Mably, en sus *Doutes proposés aux philosophes économistes sur l'ordre naturel et essentiel des sociétés politiques* (*Dudas propuestas á los filósofos economistas sobre el orden natural y esencial de las sociedades políticas*), obra publicada en 1768, echaba en cara á la propiedad el haber destruido la igualdad natural; pero quien asestó á los Fisiócratas los más rudos golpes fué Voltaire, que estaba en relaciones con los asentistas de París, enemigos de los Economistas, era contrario á las miras sistemáticas de Quesnay y atacó la escuela en *L'Homme aux quarante écus* (*El Hombre de los cuarenta escudos*).

«Publicáronse—dice—varios edictos de algunas personas que, hallándose ociosas, gobiernan el Estado al amor de su hogar. El preámbulo de esos edictos era que el poder legislativo y ejecutivo es desde su origen y por derecho divino copropietario de mi tierra y que le debo, á lo menos, la mitad de lo que yo como... Los nuevos ministros añadían en su preámbulo que los impuestos sólo han de pesar sobre la tierra, porque todo procede de ésta, incluso la lluvia, y por consiguiente sólo los frutos de la tierra han de pagar el impuesto. Uno de sus alguaciles vino á mi casa durante la última guerra y me pidió por mi cuota parte tres sextarios de trigo y un saco de habas, de un valor total de veinte escudos, para sostener la guerra... Como yo entonces no tenía trigo, ni habas, ni dinero, el poder legislativo y ejecutivo me metió en la cárcel y la guerra se hizo como se pudo. Al salir de mi calabozo, sin más que la piel y los huesos, encontré un hombre mofletudo y encarnado en un coche de seis caballos; tenía seis lacayos y les daba á cada uno, de salario, el doble de mi renta... Me confesó, para consolarme, que disfrutaba de una renta de cuatrocientas mil libras. «Así pues, le dije, pagaréis doscientas mil al Estado para sostener la guerra, puesto que yo que no tengo más que ciento veinte libras, tengo que pagar la mitad...» ¡Yo contribuir al bien del Estado! ¿Se chancea usted! Heredé de un tío que había ganado ocho millones en Cádiz y en Surate; no poseo una pulgada de tierra y toda mi fortuna está en contratos y en papel sobre la plaza, y nada debo, por consiguiente, al Estado. Usted es quien ha de dar la mitad de su subsistencia, usted que es propietario de fincas rústicas... Pague usted, amigo mío, usted que disfruta en paz de una renta clara y líquida de cuarenta escudos.»

Por lo demás, Voltaire condenaba también el régimen que los Fisiócratas querían destruir. Con el nuevo siste-

ma financiero, dice el hombre de los cuarenta escudos, me quitan «de pronto neta y pacíficamente la mitad de mi existencia; pero me temo que, contando bien, con el antiguo me habrían quitado las tres cuartas partes.»

Los Fisiócratas difundieron indudablemente la afición á las cosas agrícolas. El gobierno y los particulares se interesaron por «el campo,» y el contralor general Bertin invitó en 1760 á los intendentes á que promoviesen la formación de «Sociedades de Agricultura,» fundó las escuelas veterinarias de Alfort y de Lyon, autorizó la circulación de los granos por el interior del reino, hizo posible la exportación por medios indirectos, fomentó las desecaciones de pantanos, las roturaciones de terrenos incultos, el uso de los contratos de arriendo á largo plazo, que permiten al arrendatario recoger los frutos de su trabajo, y proyectó abrir canales en Bretaña, Picardía y Flandes. En aquel entonces Parmentier hacía su propaganda en favor de la patata, Daubenton daba á conocer el carnero merino, el abate Tessier y Thouin comenzaban á escribir un tratado de agricultura, grandes personajes, como Choiseul, La Rochefoucauld y el marqués de Turbilly se hacían agrónomos, y las gentes acudían desde lejos á visitar el aprisco instalado por Choiseul en Chanteloup.

Todo ese movimiento en favor de la agricultura, los capitales en ella invertidos, las facilidades concedidas á la circulación de los productos, la multiplicación de carreteras y caminos y, por otra parte, el aumento de la población y la disminución del valor de los metales preciosos, determinaron un alza de los géneros y, por consiguiente, de los productos de las tierras y de los precios de los arrendamientos (1).

El hectolitro de trigo, que, por término medio, había valido once francos desde 1725 á 1759, valió trece francos veinticinco céntimos desde 1770 á 1775; el hectolitro de avena que en el primer período había valido tres francos, valió cuatro en el segundo; el hectolitro de cebada subió de cuatro francos ochenta céntimos á siete con treinta. Para producir más cereales se roturaron tierras yermas y eriales y en muchas comarcas se talaron las laderas de los montes. El precio de la carne subió en las mismas proporciones que los cereales y, en su consecuencia, aumentó el ganado, y escaseando cada vez más los henos, que entonces se encarecieron, multiplicáronse los prados artificiales y sobre todo los de alfalfa, que estaban ya muy extendidos en el Norte.

(1) Produciáanse entonces importantes fenómenos, todavía mal estudiados, como el aumento de la población y del numerario. Forbonnais calcula que la población de Francia había descendido en tiempo de la Regencia, á causa de la guerra de sucesión de España y de la gran mortalidad de 1709, á diez y seis ó diez y siete millones de almas; y según Voltaire, que expone esta opinión en las *Remarques de l'Essai sur les mœurs* (*Observaciones del Ensayo sobre las costumbres*), elevábase aquélla, en 1763, á unos veinte millones. El abate Expilly, en su *Dictionnaire géographique, historique et politique des Gaules et de la France* (*Diccionario geográfico, histórico y político de las Galias y de Francia*), publicado en 1762, cuenta veinte millones setecientos noventa y cuatro mil trescientos cincuenta y siete habitantes, sin incluir en esta cifra la población de París, ni la de la Lorena, no reunida aún; añadiendo estas poblaciones á aquel total, éste pasaría de veintidós millones. Es imposible admitir estas cantidades precisas, pero el aumento de la población es positivo. El aumento de numerario se debió á la mayor actividad del trabajo en las minas de México, del Perú y del virreinato de Buenos Aires.

La elevación del precio de los vinos hizo que los cultivadores se pusieran á plantar viñas, pero los administradores reprodujeron la prohibición de llevar á cabo estas plantaciones sin autorización previa (1).

La gran masa de labriegos mantenía fiel á las antiguas prácticas de la sucesión bienal y trienal de cultivos y á la rutina de los aperos tradicionales (2), y extendiendo el cultivo recogían más abundantes cosechas.

El precio de las tierras que, durante los últimos cuarenta años del reinado de Luis XIV, había bajado considerablemente (un 50 por 100, al decir de Boisguilbert), subió de nuevo. Una hectárea de tierra que, desde 1701 á 1725, habría producido once francos de renta y se habría vendido por doscientos sesenta y cinco francos, produjo, desde 1725 á 1730, trece francos setenta y cinco céntimos, y se vendió por trescientos cuarenta y cuatro; y desde 1750 á 1775, produjo diez y ocho y se vendió por quinientos quince. En su consecuencia, elevóse el precio de los arrendamientos; pero el alza de éstos fué proporcionalmente mayor que la de los géneros, de suerte que los propietarios sacaron mayor provecho que los arrendatarios.

¿Mejoró la suerte de la masa de los agricultores? Unos historiadores dicen que sí y otros que no; para los unos, la vida rural se transformó desde 1750 á 1789, merced al impulso de los administradores, de las «Sociedades de Agricultura,» de los Economistas y del espíritu público; según los otros, el absentismo de los grandes señores y el peso del impuesto, de las prestaciones personales y de la milicia causaron entonces más daños que en los tiempos pasados. Parece que unos y otros tienen parte de razón, si bien los primeros más que los segundos. Los salarios de los obreros agrícolas no aumentaron en proporción del precio de los géneros, y en los tiempos de carestía, que eran frecuentes, los que vivían al día de un salario, estaban expuestos á la miseria. Por otra parte, los beneficios de la agricultura son mayores para los propietarios que para los arrendatarios; pero la condición de éstos y de los aparceros es, en general, mucho mejor que antes. Las memorias de los intendentes hacen constar un progreso en la mayoría de las provincias, y en 1774 un economista, Moheau, en sus *Recherches et considérations sur la population de la France* (*Investigaciones y consideraciones sobre la población de Francia*) atestigua el mejoramiento de la vida rural:

«Puede observarse—dice—que hay menos casas hechas de adobes, que las nuevas son más espaciosas y mejor aireadas y que los lugares de habitación bien situados han ganado en población lo que los otros han perdido..»

«El labriego francés va mal vestido... El lienzo, que es el traje de muchos, no les protege bastante contra el rigor de las estaciones; pero de algunos años á esta parte... hay un número mucho mayor de campesinos que llevan ropas de lana...»

«En el estado habitual del consumo del pueblo (es decir, fuera de las carestías), ha podido observarse que en varias provincias ó comarcas, cuyos habitantes se mantenían antiguamente de pan de alforfón, de avena

ó de centeno, la clase de pan ha mejorado. No podríamos asegurar que haya aumentado el número de los hombres en cuya alimentación entre la carne; pero son indudablemente muchos más los que beben vino, excelente bebida para los pobres, no sólo porque es alimenticia, sino también porque es un antipútrido muy bueno.»

Era opinión universalmente extendida la de que se consumía menos trigo del que se producía, y de que las carestías derivaban, no de causas naturales, sino de causas facticias, como «la malicia de algunos comerciantes y revendedores (3);» de aquí la costumbre de considerar las operaciones sobre el trigo como empresas de acaparamiento y á los negociantes en trigo como causantes del hambre contra los cuales debía proceder con rigor la autoridad; de aquí también la intervención del Estado y la responsabilidad que tomaba el servicio de la alimentación pública.

Desde el siglo XVI habíanse establecido almacenes públicos de granos, de los que había algunos en Lille, Nancy, Rennes, Burdeos, Lyon y en las afueras de París. La Administración regía de los trigos, es decir, el servicio administrativo que preparaba y vigilaba las operaciones sobre los trigos emprendidas por el gobierno, tenía corresponsales en Marsella para efectuar las compras en Italia y en el Levante y no les imponía ningún tratado, sino que únicamente les pedía informes y hacía que le sometieran anualmente proyectos de compras. Por otra parte, los intendentes, fundándose en las memorias de los subdelegados, ponían al contralor general al corriente de las promesas ó de los resultados de las cosechas. Maş como las reservas destinadas al aprovisionamiento eventual de París eran sólo de sesenta mil sextarios y la ciudad consumía, según parece, un millón al año, aquellas reservas sólo habrían podido alimentarla tres semanas; por esto el Parlamento y el Servicio de la villa se preocuparon frecuentemente y en algunas ocasiones el Parlamento envió á sus ujieres á Brie para adquirir trigo.

Pero al gobierno se le acusaba de realizar beneficios sobre esas operaciones y en 1753 el marqués de Argenson hablaba de un provecho de un millón diario; esto había de dar origen á la historia del *Pacto de hambre*.

En 1765, un señor Malisset, guardián de la reserva de los granos, hizo observar á L'Averdy, en aquel entonces contralor general, que si aquella reserva permanecía mucho tiempo en el almacén exigiría gastos de sostenimiento muy crecidos, y propuso renovar él mismo, por su cuenta y riesgo, los aprovisionamientos por medio de series de ventas y compras, ofreciendo como fiadores suyos para esta empresa á tres asentistas, La Ray de Chaumont, Rousseau y Perruchot. L'Averdy estimó la proposición ventajosa para el Estado, y en 28 de agosto de 1765 firmóse, bajo el título de «Sumisión,» un contrato valedero por diez años, en virtud del cual Malisset percibiría treinta mil libras anuales de sueldo.

L'Averdy, que era un hombre integérrimo, no habría consentido nunca en amparar con su patronato las especulaciones poco honradas de una compañía; pero

(1) Véase pág. 46.

(2) Véanse págs. 47 (nota 1) del presente tomo y 459-460 del tomo anterior.

(3) Véanse págs. 102 del presente tomo y 461 del tomo anterior.